

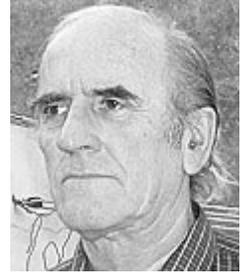
LSD
2006-01

porque la única droga dura es la realidad



DEportada

Gustavo Alamón (Tacuarembó, Uruguay, 1935). Artista plástico. Dirigió talleres de artes plásticas en Paysandú, Salto y Fray Bentos. Se desempeñó como Director de Cultura del Departamento de Río Negro y Director del Departamento de Artes Plásticas del Ministerio de Educación y Cultura. Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia (1985), es el



actual Director del Museo y Galería Puerta de San Juan en Montevideo, Uruguay. Sus obras integran destacadas pinacotecas públicas (Museo de Arte



Moderno de Asunción del Paraguay; Colección Chase Manhattan Bank de Nueva York, EEUU; Museo de la Fundación Rally de Punta del Este, Uruguay; Museo de Arte Moderno de Valparaíso, Chile; Biblioteca Nacional de España), así como también colecciones privadas de Estados Unidos, España, Alemania, Bélgica, Holanda, Italia, Inglaterra, Nueva Zelanda, Brasil, Argentina, Venezuela, Colombia, Francia, Suecia y Chile.

Por más información: www.puertadesanjuan.com;

teléfonos (0598-2) 908 7013 ó 411 5957

puertadesanjuan@adinet.com.uy

galamon@gustavoalamon.com



LSD revista

ISSN N° 1510-8015

web: <http://lsdrevista.todouy.com>

correo electrónico: revistalsd@gmail.com

Redactor Responsable: Wilson Javier Cardozo

Redacción: Andrés Moura, Marcelo Sosa, María José Pérez, Pablo Fernández, Soledad Lepeyán

Fotografía: Zenia García Ríos, Ruben Giménez

Colaboraron para este número: Alvaro Dell'Acqua, Andrés Medero, Daniel Mazza (Brasil), Gustavo Alamón, Helios Buirra (Argentina), José Esteves, Juan Carlos Ruvalcaba (México), Verónica Natalia Núñez Vargas, Washington Benavidez y Yamandú Acosta.

LSD es una publicación uruguaya propiedad de Andrés Moura Cousillas (Duvimoso Terra 1359); editada por ediciones *abrelabios* (ed.abrelabios@gmail.com). Su Redactor Responsable es Wilson Javier Cardozo, Bacigalupi 2091/15. Se imprime en Imprenta Pamaro (Pontevedra 3417bis), encargándose de la producción gráfica Carlos Tomasso (512 1041). Todas las direcciones citadas corresponden a la ciudad de Montevideo, Uruguay.

Hecho el depósito que marca la ley.

Registro en el Ministerio de Educación y Cultura en trámite (Expte. N° 1912/04)



editorial

ya no integra los discursos de turno,

generalmente evita las cercanías del palacio legislativo,

difícilmente la encuentren en las casas de ministros de plástico,

fue descartada, bajo acusación de entelequia, de los registros y mediciones de la mayoría de las encuestas de estos días,

jamás se sienta a la mesa del banquete de comités centrales,

la esperanza.

y, por si fuera poco, nos obliga a continuar en esta empresa inútil. con el vano pretexto de que la única droga dura es la realidad.

que se sepa.

Wilson



Joe Esteves

La muerte del pistolero

Los balazos en aquella matinée del cine de barrio, te acordás, comíamos refuerzos de mortadela y nos atragantábamos en medio de la euforia que nos despertaba la balacera, el muchachito que los cagaba a tiros, que nunca se moría, le pasaban las balas ¡tuíng! cerca de la cabeza y el loco se agachaba y chau bala, y apuntaba su Colt 45 y dale, ¡Bang! ¡Bang! y nunca se le terminaban las balas porque los genios de Hollywood no se fijaban en esos detalles, lástima que ahora no esté el muchachito a nuestro lado, Mincho, justo ahora que se nos vino toda la milicada con el arsenal más pesado y con orden de hacernos mierda, que nadie salga vivo, jódánlos a esos pichis grita un cabo y grita por allí un miliquito novato cagado de miedo, y vos sacás la mano con el bufoso por una hendidura de la ventana y meta bala, y humo y un olor a pólvora que ni en las mejores películas de John Wayne, viejo, que esto es en serio y nos va el cuero, la vida de mierda que nos toca vivir, porque cuando uno se mete en la joda no hay regreso, no hay tangente por la cual zafarse, no te dejan, te atrapa el círculo que se alimenta de bronca y muerte, sos vos o ellos y uno siempre quiere ser uno el que la cuente y no el otro, ese vil esclavo de los poderosos que le tiran unos mangos para que les defiendan el Banco, la Casa de Cambio, la sacrosanta propiedad, Mincho,



la puta que los parió a todos los alcahuetes del sistema, ojo el plomo, agachate, no te rifes, apunto, cierro un ojo ¡Bang!, milico al suelo, uno menos, pero ¿cuántos quedamos? ¿alguien lleva la cuenta? ¿no seremos vos y yo solos? ¿no estaremos acaso soñando la misma pesadilla y estamos dentro de la pantalla de aquel viejo cine siendo los malos en vez de los buenos mientras escuchamos el clarín del séptimo de caballería que viene a darle apoyo a los soldados que nos tienen rodeados? ¿quiénes somos en realidad? ¿dónde quedó el límite del bien, cuándo cruzamos la línea, en qué momento pasamos a ser los malos de la película? Sé que no podré leer los diarios de mañana y me perderé la crónica en primera plana que van a dedicarnos; porque nos odian y somos realmente odiosos pero mañana seremos los que le salvaremos el culo a los dueños de los diarios, mañana agotan la edición, Mincho, seremos los muertos más vendedores de diarios de la historia y la gente estará hablando de nosotros por los boliches, en los ómnibus, en las oficinas, las fábricas y las escuelas; habla-

rán de nosotros y nosotros andaremos quién sabe por cuál laberinto del infierno persiguiendo milicos, porque allá debe haber algún sector reservado a los pistoleros, el diablo que no es sonso debe tener un escenario para divertirse invirtiendo la realidad, dejando que los malos persigamos a los buenos, si es que hay buenos en el infierno y si los hay seguro son milicos porque se creyeron que mataban por buenos y se olvidaron que violaban un mandamiento fundamental que les cerraba para siempre la puerta del cielo, ese cielo prometido y bastardeado, ese cielo que ayer era tan azul y ni cuenta que nos dimos, Mincho, porque andábamos en otras cosas, tratando de escapar, tratando de burlar la persecución que parece que se termina aquí, entre este humo, este ahogo, esos terribles alaridos de los heridos de un lado y del otro, porque al fin de cuentas los heridos son eso, solamente unos pobres tipos a los que una bala los alcanzó y los dejó tirados en medio del vómito, de la sangre, pobres tipos sin poder rajarse, acordándose de su madre, de la infancia, de la novia de los quince años, de la maestra gorda de ojos buenos que exigía disciplina y memoria para recordar las fechas de la historia, la historia Mincho, ese capítulo que mañana los diarios grabarán en la cabeza de la gente, la fatídica hora de tu muerte, las treinta y dos balas que te partirán al medio y que serán una cábala para los quinieleros, los despojos que exhibirán durante generaciones y generaciones para fundamentar que el crimen

no paga, que el que a hierro mata a hierro muere y todas las boludeces que desde chicos le cuentan a la gente para que se deje de joder y no codicie el bien del prójimo, la propiedad, la cáscara lustrosa que cubre la miseria humana, el traje y el autazo que encubre los delitos finos, esos que nunca aparecen en los diarios, los chantajes, las coimas, el asesinato disfrazado de accidente, la puñalada trapera, la bendición del cura, el mirar para otro lado, el candidato a diputado que será diputado a toda costa sin medir las consecuencias, Mincho, no salgas, no les digas que te rendís, estoy herido y no me quejo, aprieto los dientes, me la dieron bien jodida, creo que el hígado o el estómago, el mareo no me deja contarme las costillas, no salgas, te esperan para reventarte a balazos, no te entregues, apretá los dientes, no salgas, qué mareo, cuánto humo, ya casi no se escuchan tiros, capaz que se fueron, veo una silueta caminando entre el humo, no salgas, ya no escucho nada, se pone oscuro, se hace de noche, veo apenas una silueta que se parte a la mitad, el humo se tiñe de rojo, escucho como el eco de algo parecido a una ráfaga de ametralladora y la noche me cubre por completo y un gran agujero de desmemoria me arrastra al fondo de un pozo que parece no tener fin...



artymañas mucho + que un ciclo

En procura de un mayor contacto con la sociedad que la **revista LSD** intenta interpretar y mostrar, organizamos una serie de encuentros con intelectuales (denominado *ciclo de artymañas*) que se realizó todos los sábados, a partir del mediodía, desde el 23 de abril y hasta mediados del mes de diciembre en la Galería de Arte Puerta de San Juan (Soriano casi Ciudadela).

Estos eventos, concebidos como espacio de encuentro con intelectuales provenientes no sólo de diferentes disciplinas artísticas sino también del mundo del periodismo y de la ciencia, fueron ámbitos de reflexión donde reunimos sensibilidad y racionalidad.

Con entrada absolutamente gratuita y abierto a la participación del público en interacción con los invitados centrales de cada sábado, no pudimos hallar mejor lugar para realizarlos que un centro cultural de la magnitud de una galería de arte como la Puerta de San Juan.

Por si ello fuera poco, al final de cada encuentro se ofrecía un mini recital, en consonancia o contraposición con el tema central, del músico e intérprete tacuarembense Enrique Rodríguez Viera.

Para muestra de la diversidad de los invitados centrales, recordamos la presencia del artista plástico Oscar Larroca, del poeta Jorge Meretta, del director de teatro Omar Varela, del dibujante Joe Esteves, del escritor Rafael Courtoisie, del antropólogo Eduardo Álvarez Pedrosian, del creativo Alvaro Ahunchain, del profesor



Oscar Larroca, el primero de los intelectuales invitados al *ciclo de artymañas*, junto a los coordinadores (por LSD) de estos eventos Wilson Javier Cardozo, Zenia García Ríos y Pablo Fernández Díaz.

de literatura Rafael Dieste, del empresario Alejandro Baroni, de la profesora Mericy Caétano, de los escritores Carlos Liscano, Alfredo Fressia, Teresa Porzecanski y René Fuentes, del bandoneonista Gerardo Pérez Méndez, de los profesores Roberto Appratto y Cristina Bianchi, del comunicador social Andrés Caro Berta, del estudioso judío Mordejai Horovitz, del profesor de Historia Reto Bertoni, del fotógrafo Sandro Pereyra, de la escritora de cuentos infantiles Malí Guzmán, del diseñador de páginas web Juan Carlos González, de los poetas del Grupo Seis50, del intuitivo fotógrafo José Pilone, del profesor de Historia Andrés Morales, de los poetas Jorge Arbeleche y Elder Silva, del director de cine Ricardo Casas...

En internet se dispuso no sólo del calendario de los invitados centrales de cada mes sino también de información biobibliográfica e, incluso, de muestras de la producción cultural de cada uno de ellos.

Entre los auspiciantes con que contó este ciclo de más de ocho meses de duración, figuran la Junta Departamental de Montevideo, el Consejo de la Facultad de Humanidades (que lo declaró, además, de interés cultural), la Guía del Uruguay (todo.com.uy), la empresa de audio y luces Cibor y la imprenta Pamaro.

Juan Carlos Ruvalcaba



Papirolas

Esta punta se dobla a la derecha y la opuesta hacia abajo, intentando simular el ala de una improvisada ave. La esquina inferior será parte de su cabeza y, si el papel me alcanza, haré unas pequeñas patas en la parte inferior. Creo que aun le faltan detalles a este pajarraco.

Se parece a aquella ave que una tarde Aurelio, mi mejor amigo, me enseñó a elaborar en el jardín Santa María. Como las aves que tenía Don Raymundo, el ferretero, en su casa. Decía que le gustaba tener aves de muchos colores porque cada una le decía cómo le iba a ir ese día: si el pájaro azul cantaba, iba a llover, si el amarillo lo hacía, es que iba a vender bien, si cantaba el rojo, era porque lo iba a visitar Lupe, la sirvienta del Licenciado Mayén y con quien se pasaba muchas horas aunque ya estuviera cerrada la tienda y hasta se quedaba a dormir con él. A lo mejor el día que cantó la urraca que atrapó en el parque no le fue tan bien porque, de haberlo sabido, mejor cierra la tienda y no espera a que le dieran los dos balazos en el pecho para llevarse la venta del día. Ese día Aurelio me regaló unos paquetes de chicles como los que vendía el difunto; para que se te quiten los nervios, me dijo. Él era mayor que yo por ocho años, así que sabía lo que decía.



Si hay algo de lo que me acuerdo es de la banca en que nos sentábamos a inventar figuras de papel. Era verde y estaba llena de firmas de todos los que vivíamos en la colonia; decían que si vivías en la colonia y tu firma no estaba en esa banca, entonces eras un extraño. Cuando supe esto, busqué un pequeño espacio en dónde hacer un garabato que pareciera una firma; a nadie le gusta que lo llamen extraño.

Creo que nunca fui muy hábil con las manos, y Aurelio siempre me lo recalca. Cada doblez que hacía tenía un motivo de alerta de descuido para él. Y es que rompió tantas creaciones mías que yo me ponía a llorar y él se levantaba como se levantan los amantes que se dejan. Me costó mucho trabajo aprender a hacer pequeñas figuras de papel. Papirolas, me dijo, se llaman papirolas y los inventaron los japoneses, recalco.

Los japoneses siempre han inventado muchas cosas como videocassetas, iguales a aquella que en casa de don Samuel sacamos para llevarla a reparación. Bueno, eso me dijo Aurelio, porque nunca recuerdo haberla regresado, pero él me aseguró que así fue y yo le creí, como siempre le creía.

No parece un pájaro, más bien es un perro con alas. Este extremo lo doblo para atrás y el otro lo hago hacia adelante. Todavía después de tanto tiempo sigo con mi inutilidad manual. Mis dedos son tan gordos como los de la Sra. Vázquez del edificio gris quien siempre nos regalaba dulces. Cuando nos veía sobre la acera sentados se acercaba y nos daba un puñado de dulces que se reducían con el gran tamaño de sus dedos, que más bien parecían salchichas. Era una persona sola y su semblante era triste, por eso Aurelio un día decidió meterse a su departamento a ayudarlo con los quehaceres del hogar, aunque lo más extraño de la buena acción de Aurelio fue que entró cuando ella no estaba; para darle una sorpresa me dijo. Siempre hacía cosas para que lo admirara. Por eso me puse triste porque la Sra. Vázquez no había podido ser tan feliz ese día, pues unos ladrones habían entrado en su casa a robar dinero y joyas. ¡Pobre Sra. Vázquez! Ya me imagino su doble sentimiento al encontrar su casa bien arreglada por mi amigo pero a la vez robada por maleantes.

Este perro pájaro de papel ya me tiene harto, así que mejor lo deshago y lo voy a convertir en auto, un auto grande y cómodo como el de Joaquín. Él era un tipo malicioso que trabajaba en una tienda de abarrotes como encargado. El Ford que traía era de su papá pero como ya no lo usaba se lo regaló. “El niño” le decían en la calle por su cara que parecía aun menor a mí. Pero no, él era al menos dos años más grande que Aurelio y lo digo por los zapatos que usaba. Lo que más recuerdo de él era que fue el enemigo de Aurelio y, por obvias razones, mío también. Se la pasaba hablando mal de él y hasta un día invento que Aurelio vendía droga para hacerlo ver como maleante. Recuerdo que un día estábamos tomando un refresco, en la tienda del parque, cuando llegó una patrulla que -después nos enteramos- había enviado “El niño” y se llevó a Aurelio. Los patrulleros me aventaron al suelo para que no me subiera al coche con mi amigo.

Después me contó que lo habían dejado libre porque no le habían encontrado nada, como era de esperarse. Sin embargo, desde ese día Aurelio le tomó rencor al Joaquín.

Ni un coche me sale, ya hice los dobleces necesarios, y es que ya

están llamando a la puerta, total, que se esperen. Mientras, ya me acordé de la figura que mejor me sale: el Caballo. Es un animal que siempre fascinó a Aurelio. Tenía botas y cinturones con hebillas con figuras de caballo. Algún día será rico y andará a caballo decía y miraba al cielo como sabiendo que ahí encontraría caballos. Es extraño, pero anteayer que Aurelio se fue a ver unos caballos me dijo: si algo me pasa, guardas este paquete y no se lo des a nadie y títalo a la basura si eso pasa. Era una bolsa cuadrada que tenía algo polvoso adentro.

Aurelio siempre fue mi amigo y sé que me quiso mucho. Sé también que nunca hizo nada malo como decía “El niño”, y sé que si esta muerto fue por culpa de unos ladrones que lo quisieron robar y no por lo que dice Joaquín. Aurelio no sabía ni qué significaba la palabra “droga”, cuando yo le preguntaba, siempre me decía que todas las drogas eran como dulces, que empalagan. Además nunca se pelearía por un paquete de simple polvo de color blanco sin chiste.

Ya me tengo que ir porque alguien quiere entrar al baño. El funeral de Aurelio empieza como en una hora y ya tengo entumidas las piernas; además, el papel de baño no es bueno para hacer papirolas.

México, DF., mayo de 2004

LSD

relaciones
 Revista de pensamiento
El primer Martes
de cada mes en
su kiosko
32 páginas de
sólida lectura

todo
.com.uy
todo.com.uy - La Guía del Uruguay
 Web: <http://todo.com.uy>
 Email: info@todo.com.uy
 Servicios de internet:
 registro de dominios, diseño y
 alojamiento de sitios web y
 soluciones de comercio electrónico

Washington Benavides



Un poeta joven brasileño: Daniel Mazza Matos

La siempre renovada poesía brasileña ha alcanzado, en la última década del siglo pasado y en lo que corre de este Tercer Milenio, realizaciones excelentes. Una muestra concluyente sería **Poesía Noventa**, antología realizada por Heloísa Buarque de Holanda con su reconocida capacidad, y allí, poetas (hombres y mujeres) que no sobrepasan los

cuarenta años dan un fino testimonio de la renovación antes mencionada. No es en esta breve reseña de un poeta treintañero donde podremos explayarnos sobre la Posmodernidad (que un humorista sutil comparó con el colesterol, del cual puede decirse que hay un colesterol bueno y uno malo), de Daniel Mazza Matos, nacido en 1975 en Fortaleza (CE), poeta precoz, estudiante de Medicina, en la actualidad Maestro en Clínica Médica de la Universidad de San Pablo, y que, más allá de sus primeros versos estudiantiles, acaba de publicar su primer libro de poemas **Fim de tarde**.



Lo primero que sorprende en un poeta tan joven es la utilización del soneto. Combinación estrófica clásica que, sin embargo, para cierta crítica contemporánea sería una muestra de la antigüedad, una forma en desuso. (Pese a que poetas como Drummond de Andrade, Murilo Mendes, Juan Gelman, E.E. Cummings y otros valiosos poetas del S. XX y del XXI, continúen dándole vitalidad a la antigua forma medieval). Pero Mazza Matos recorre, dentro de la formulación soneto, toda una serie de variantes, principalmente en la métrica de los versos y le da a la “vieja fórmula” una vitalidad valiosa. Podríamos señalar -a vuelo de pájaro- que prima en todo el libro una participación profunda del autor en la

problemática de nuestro tiempo (hambruna, individualismo, “pan y circo” como

titula a uno de sus excelentes sonetos). También con una forma más abierta pero tradicional, “la Oda”, Mazza Matos nos pone ante un inevitable espejo, para enfrentarnos a nuestras dudas, nuestras renunciaciones, en un mundo donde en cada segundo mueren miles de niños. Nos plantea un autodomínio *Reina sobre ti,/ mas no como un César: levanta tu pulgar./ Calígula indaga/ las viscosidades de tu cuerpo: reina sobre ti./ Estrangula los Iscariotes/ con tus manos avarientas:/ reina sobre ti.* (Ode IV). Finalizando su estremecedor primer libro con las “epopeyas” del Hambre y de La Muerte.

Alguien dijo alguna vez que lo fundamental de un libro de un joven es que éste se juegue por lo que cree y analice las dudas que lo acechan en este mundo inestable. Creemos descubrir en la poesía de Mazza Matos esos ingredientes impostergables en un hombre del Tercer Milenio.

Montevideo, 2006

LSD

poemas en português

(de A “epopéia” da fome)

I

(Episódio do incêndio na feira)

No meio de tanto lixo
Um homem revira e cheira.
E muito parece um bicho
Nutrindo-se na lixeira.

A alface murcha e roída
E o queimado rabanete,
São mais que a simples comida,
São na verdade um banquete.

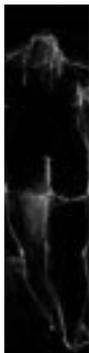
A fome tem hora certa
E vem três vezes ao dia,
Tanto faz haver oferta
Ou ainda haver carestia.

Um homem fuça os detritos
Entre os chamuscados restos.
E tem os olhos aflitos
E tem o ventre indigesto.

Mas sua dormente língua,
Da boca que nunca come,
Só sente o gosto da minguia,
Só sente o gosto da fome.

E os bichos da redondeza
Promovem competição.
Ratos têm sua destreza
E querem o seu quinhão.

É a sua lida diária,
A sua infinda mão-de-obra,
Pôr no dorso da alimária
Para seus filhos a sobra.



II

De um lado do muro.
Do outro lado do muro.
De um lado do muro: a brincadeira,
O lazer, a diversão.
Do outro lado: o trabalho,
O dever, a obrigação.

De um lado do muro:
Velhos e jovens sorvendo a vivência.
Do outro lado: a sobrevivência.

De um lado do muro: o que cai no chão não se come.
Do outro lado: no chão se sacia a fome!

De ambos os lados do muro: mergulhos.
Na piscina, de águas tranquilas.
No lixão, com ondas de entulhos!

III

A fome
Está à espreita de sinais vermelhos.

A fome
Está em todas as esquinas
E nas janelas de todos os carros.

A fome
Rouba relógios de pulso nas praças
E biscoitos nos supermercados.

A fome
Disputa os restos nos lixões
Com ratos e urubus.

(...)

A fome
(Tomara)
Mate logo
A fome
Sem que mate,
Para isso,
O homem.

IV

Água com açúcar
 No lugar do leite
 Na mamadeira.

A derradeira
 Súplica de quem
 Não tem a quem
 Suplicar.

A fome,
 De fato,
 É um prato
 Cheio
 De descaso.



De cuyo nombre no quiero acordarme

primera edición para distribución electrónica gratuita,
 a partir del sitio <http://lsdrevista.todouy.com>
 ©revista LSD, Estandarte.com y Obelisco Press
 ©ediciones *abrelabios*

Sumándonos a los festejos mundiales por el aniversario de la primera edición de *El Quijote* (y con el patrocinio especial de **Estandarte.com**, de España, y **Obelisco Press**, de Argentina) la revista **LSD** convocó a dos concursos internacionales (de poemas y de relatos breves) bajo la denominación *De cuyo nombre no quiero acordarme*, obteniendo como respuesta la participa-

ción de concursantes procedentes de más de una decena de países.

Las obras premiadas, además de haber sido publicadas electrónicamente en los sitios de los patrocinantes y de estar disponibles (en formato Acrobat Reader) en el sitio web de la revista LSD, conforme a las bases de los respectivos llamados, aún estaban pendientes de publicación en soporte papel.

En este número, en las páginas 17, 34 y 40 se da cumplimiento a la edición impresa de los primeros y segundos premios de ambos rubros, correspondientes a textos de **Alvaro Antonio Dell'Acqua**, **Andrés Medero** y **Verónica Natalia Núñez Vargas**, respectivamente.

Pablo Fernández



La isla

-Creo que ya perdí toda esperanza.
-¡Buena, ya era hora! Ha pasado mucho tiempo y...

-¡Tiempo! ¡Tiempo!
-¿Y a éste que le pasa?- musitó uno al ver como la tercera de las siluetas se incorporaba de un espasmo radical.

-¡Tiempo! ¡Es de lo único que saben hablar! Estoy harto del maldito tiempo; ese fantasma odioso que avanza y todo lo maldice, el viejo lentísimo que todo lo mea y escupe. ¡Que todo lo vomita!

-Joseph, por Dios! Tranquilo, hombre. ¡Te va a dar un ataque de locura!

-Serás estúpido, por todos los condenados demonios -espetó el sujeto con la boca llena de un desprecio color carbón.- Que me hubieses dicho: Joseph, hombre; ten cuidado de los cien mil espíritus, que enviados por el mismísimo Satán, pueden presentarse ante ti y además colocarán grilletes en tus pies y manos, arrastrándote por toda la condenada isla y se babearán de risa al hundir sus garras en tu pobre pellejo mientras se cagan en tu cara, para luego llevarte a las entrañas del mar donde un monstruo como el que hay en Ness te espera con la idea de darse un banquetazo contigo, eso lo aceptaría de buen grado. O que me hubieras advertido: Joseph, hijo mío, deberías comer más limones sino querés ver alucinaciones atroces parecidas a las que padeció el infeliz de Mike Lennon cuando estuvimos en las Antillas; el muy idiota creía que las sirenas venían a descuartizarlo; podría suceder también que nos hubiéramos topado con una jauría de perros franceses; holandeses; portugueses; españoles o cualquier otra manada de bestias nos hubiesen abordado en nuestro querida “Buena Fortuna” y entonces, amigo mío, yo habría dicho: Este es un hombre sensato; pero estos ejemplos no fueron ni por asomo lo que elaboró tu estiercolado cerebro infantil, porque no entiendo los estúpidos consejos que osas darme sobre mi salud, estando yo absoluta y podridamente muerto. ¡Muerto! ¡M-U-E-R-T-O! Igual que tú, bastardo maloliente; hijo de cien mil rameras de Liverpool!!!

-¡A quien le dices hijo de cien mil rameras, tú, pobre aprendiz de pirata! ¡Calla la boca que tienes por letrina nauseabunda y llena de moscas o te atravesaré con mi es...!

Y la tercera sombra ahogó la ira y su cabeza erguida, encrespada, cayendo pesadamente de resignación se hundió en la arena.

-¡Ja, ja, jarajajá! -y las risotadas de la sombra espantaron a una bandada de gaviotas.

-No hay duda -marmulló la otra-. Sus madres les han dotado con la inteligencia propia de una estrella de mar.

-¡¡Tú parece que estás muy contento hoy, ¿no es así, perro sarnoso?!!!

El grito de Smith se confundió en una argamasa de desesperación y el llanto le trepanaba la garganta.

Joseph no volvió a sonreír maliciosamente. Y aún más, calló.

Las olas desahogaban su furor en la orilla; la tarde daba sus últimos lengüetazos naranja; las sombras esperan.

-Ni siquiera sé -irrumpe Jeremy- si puedo llamarme Jeremy.

-¡Pero qué dices, si tú eres, tú... ¡Tú! Eres... eres...

-¿Qué pasa, por qué callas? -preguntó la nebulosa Smith.

-Ah...; también lo presentiste.

-¿Presentir qué? -preguntó molesto Joseph.

-Presentir la verdad, mi buen amigo. Ellos están muertos. Smith fue acribillado por aquella peste extraña que se le extendió por la piel y lo convirtió en carne azulada mientras parecía que los ojos se le salían de las órbitas. Te digo, ni el más fiero de los mastines podría aullar de esa manera que parecía invocar a las fuerzas del desastre; el otro pobre diablo, Jeremy Cooldrige, o sea, lo que sería yo, fue ahorcado del palo mayor cuando la maldita armada de su majestad nos tendió aquella trampa, y después de usarnos para debilitar a los españoles, se olvidaron de las promesas de amnistiarnos y decidieron retorcernos el cuello sin más.

-No es necesario que nos refresques la memoria. Estuvimos ahí.

-Pobre Joseph. El único sobreviviente de aquella matanza y murió loco; creo que en algún momento me separé de su cuerpo y pudo verme cara a cara; entonces se llenó de miedo. ¡No corras! ¡No huyas de mí! ¡Soy tu sombra; soy tu hija; por ti tengo el trabajo de ir cubriendo tus espaldas! ¡Te debo mi vida; soy tu amante, tu hermana; soy más allá de tu madre y para mí tú eres Dios!

Pero el pobre sujeto se echó a correr por toda la arena, y yo salí tras sus talones; quise gritarle; acariciarlo con ternura nueva para mí, porque nunca había sabido lo que era eso, pero pude comprobar que de nosotras no sale nada y en cambio entra todo, porque empecé a conocer lo que era el amor afiebrado, ese que mi amor no pudo haber sentido nunca; ni siquiera en esas espléndidas orgías con las rameras de los puertos o en los brazos de las hermosas hembras nativas de las islas en que estuvimos.

-Lo que no entiendo -interrumpió George Smith- es por qué esto



sucedió así.

-¿Así, cómo?

-¡Así, así!

-¡Pero cómo es “así”, sombra estúpida!

-¡Estúpida sea tu perra madre!

Y Joseph tuvo que ponerse en medio para separar a las dos sombras que ya se iban a tomar a golpes.

-¡Basta! ¡Parecen dos niñas en celo! ¡Y tú, dinos en calma y de una buena vez por todas qué es lo que no entiendes!

Smith se apartó del alboroto, hizo un silencio prolongado y miró con nostalgia al firmamento; y suspirando al momento preguntó:

-Es imposible que estos tipos hallan ido a parar al cielo, ¿no?

Las dos sombras se miraron en principio desconcertadas por lo absurdo de la pregunta.

-Imposible -sentenciaron al unísono.

-Me parecía. Demasiada sangre; demasiada violencia; demasia...

Y algo más quería decir, pero los gritos que derrochaban euforia le arruinaban la solemnidad del discurso.

-¡Por fin vinieron a rescatarnos! ¡Dios después de todo existe!

-¡Pero ese buque es inmenso!

-No es buque, tonto. Es una ballena descomunal.

-No lo entiendo. Siempre supimos que éramos libres; podemos volar, ir y venir, correr y nadar, así que...

-Así que nuestra hipocresía aceptada nos ofrecía la farsa de creernos más de lo que somos, al menos hasta ahora.

-A mí ya no me sorprende nada desde que vi a esos pájaros que murmuran furia -seguía discutiendo Smith.

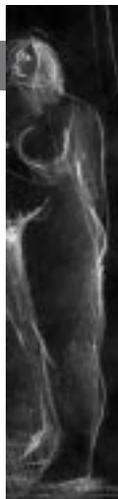
-Bueno -dijo una al fin- ¿vienes con nosotros?

-No sabría que hacer sin él -se disculpó Joseph-. Supongo que soy una torpe nostálgica.

Entonces se reconciliaron en abrazo fraternal y emocionado; cuando llegaron a las fauces del monstruo saltaban desde la cubierta llenando de risas y gritos de despedida a la que quedaba en tierra, que, caminando cabizbaja, fue a reunirse con la calavera mohosa de su amo.

Alvaro Dell'Acqua

¡Encará, Demián!



Mis ideas suicidas datan, si mal no recuerdo, de hace cinco o seis meses. Pero que empezaron a pisar con pie firme en mi cabeza no hará más que unas pocas semanas. Al principio jugueteaba con el asunto imaginando métodos cinematográficos para concretar mi mortal designio. Me veía a mí mismo cayendo desde la cumbre de un edificio de cien pisos o volando al vacío como parte de un comando kamikaze. Pero después empecé a sopesar sistemas más atinados a los propósitos suicidas de un tipo como yo, nacido en las calles de Montevideo y no en los altares de Hollywood.

No fue sino aún más tarde cuando mis mortíferos pensamientos se proyectaron más allá de mi fuero interno y me dispuse a compartirlos con mi esposa. No tenía claro si deseaba o no hacerlo; pero, por si acaso, quería conocer su opinión.

Se lo dije con cuidado, ya que uno nunca sabe cómo pueden caer estas cosas. Creo que el introito fue excesivo, porque luego que le dije:

–Estoy pensando en suicidarme.

Ella suspiró aliviada y me respondió:

–¡Qué susto me diste! Creí que le había pasado algo a mamá.

–Es que no sabía si ibas a estar de acuerdo -me excusé.

Me dio un cálido beso en la boca, y luego agregó:

–Siempre dije que voy a apoyar cualquier proyecto que emprendas.

Y, ciertamente, ella ha estado conmigo en todas las grandes decisiones. Pero esta vez era diferente. No sólo era una decisión importante. También era bastante delicada. Al fin de cuentas, uno no se suicida todos los días.

Su reacción me dejó, no obstante, un saldo de duda. No sabía si estaba realmente de acuerdo conmigo o si sólo se disponía a respetar mi determinación, mal que le pesara.

Le hice saber mi inquietud.

Me dio otro beso, esta vez en la mejilla, y con una sonrisa en los labios me dijo:

–Bobito. Sabés que yo quiero lo mejor para vos. Y si eso significa estirar la pata, bienaventurada sea esa estirada de pata.

–Pero ¿y vos? ¿Qué va a ser de vos sin mí? -le pregunté, haciendo entrever un dejo de preocupación.

–¡Qué cabecita! ¿No será todo esto un reflejo de tu propio miedo? ¿No estarás buscando excusas en los demás para ocultar tu propio temor al más allá?

–Sí, puede ser, pero... -balbuceé.

–Es normal, mi amor. ¿A quién no le pasa? Nadie sabe qué carajo hay del otro lado. Pero el miedo no puede paralizarte.

–Sí, pero... ¿y nuestro hijo? ¿No pensaste en nuestro hijo?

No le podíamos hablar del tema a nuestro pequeño Martín, quien sólo tiene tres años y no iba a entender un corno de lo que hablábamos.

–No le busques la quinta pata al gato -dijo, fastidiándose un poco- ¿Cuántos niños hay que crecen sin una figura paterna? Entiendo que veles por el bienestar de nuestro hijo, pero tampoco es bueno que lo sobreprotejas tanto. Tenés que dejar de hincharle tanto las bolas al gurí.

–Sí, es cierto, pero... -empecé a decir, pero no dije nada más.

Al día siguiente, y luego de andar zigzagueándole al tema una y otra vez en mis sesiones de psicoanálisis, me decidí a tratarlo. Mi terapeuta fue más cauteloso que mi esposa, y me instó a poner el freno de mano.

–Pensalo. -me dijo- No te apures a decidir. Porque esta es una de esas decisiones que no tienen vuelta atrás; salvo, claro está, que se trabe el tiro, se rompa la cuerda o algún imbécil cierre la perilla del gas.

Le expliqué que la idea venía rondando en mi cabeza desde hacía ya algún tiempo y que todavía no había logrado tomar ninguna determinación.

–Hacés bien. Tomate todo el tiempo que sea necesario. Tené en cuenta que estás a punto de tomar la que puede ser la última gran decisión de tu vida.

Cuando salí no tenía las cosas más claras. Pero había vencido la reticencia a expresarme al respecto. Es como el sexo: una vez que uno se anima a hablarlo, lo habla hasta con los árboles.

Así que cuando el fin de semana siguiente nos reunimos en el tradicional almuerzo dominguero con mi padre y mis dos hermanos les pude decir sin titubeos:

–¿Saben? Creo que voy a suicidarme.

–¡Hay que tener agallas para eso! -aclamó papá, con admiración.

–Sí, pero no te precipités -atenué yo-. Todavía no tengo nada resuelto.

–Cuando lo hagas, avisame. -me pidió uno de mis hermanos- Desde chico, siempre soñé con asistir a un suicidio. Mamá sólo nos llevaba a conciertos de música clásica.

–¡Por fin algo emocionante en esta familia de seres opiáceos y aburridos! -exclamó mi otro hermano.

Como mi madre no había ido a la reunión, a la noche me conecté y le mandé un mail.

La noticia se expandió como reguero de pólvora y ya no podía salir de casa sin que alguien me hiciese un comentario. Algunos se sorprendían de verme, como si supusieran que ya era boleta. Otros se apuraban a reclamarme algún dinero que les debía. Estaban los que me contaban historias de allegados suyos que se habían suicidado, algunos sin escatimar en detalles escabrosos, o bien me daban consejos para la mejor concreción de mi designio suicida.

Mis amigos estaban muy entusiasmados con la novedad. Desde el cambio de sexo de Adrián (ahora Adriana) a fines del año pasado, nadie tenía algo interesante para contar.

Justamente, fue Adrián quien me dijo:

-La idea es *cool*... pero no te apresures. No te vaya a pasar como a mí, que me cambié de sexo para levantarme a una lesbiana y la tipa jamás me registró.

-Mirá -dijo Martín, notando un gesto de preocupación en mi rostro-. Por nosotros no te quemés. Si decidís hacerlo no te vamos a echar de menos. Pero en el caso que optes por vivir, sabés que podés contar con nosotros igual que hasta ahora. Para lo que quieras.

Y Yamila, la enana Yamila, me dijo:

-Mi papá tiene una Magnum 44. Si querés, se la puedo pedir. Es de esas que te pegás un tiro y te vuela la sabiola como de aquí a la Antártida.

-Yo creo que si lo vas a hacer te conviene algo rápido y eficaz -complementó Luciano-. Lo que dice Yami está bien. Un tiro en la boca es certero y veloz. Nada de esas pajarías como dejar abierta la llave del gas o cortarte las venas. Eso casi nunca funciona.

-Que no va a funcionar... -discrepó Joaquín- Mi hermana abrió la llave del gas y le fue bárbaro. No sólo se murió ella; también palmaron los del 303.

-Sí, tá. Pero no es seguro y lleva tiempo. En cambio con la pistola es sencillo: un bang y listo: a la puta que lo parió.

-Yo qué sé. Me parece demasiado simplista -acotó Joaquín.

-Loco, ¿qué problema hay con que se pegue un tiro? -se metió Martín.

Yamila intervino:

-Bueno, muchachos, dejemos que sea Demián el que decida. Al fin de cuentas es él quien se va a suicidar.

-¡Pegate un tiro, Demián! -exclamó Luciano.

-¡Nada como inhalar gas antes de morir! -sostuvo Joaquín.

-Chicos. No se apresuren, todavía no tengo nada decidido -dije.

-Bueno, pero en el caso que... -empezó a decir Joaquín.



-Yo estoy de acuerdo con Luciano -dijo Martín.

-Yo creo que los dos tienen un poco de razón -opinó Yamila-. El tema es qué tipo de muerte quiere Demián. No es lo mismo una muerte rápida como la que propone Luciano que la lenta agonía que pregona Joaquín.

-¡Haceme caso, Demián! ¡Un tiro no falla nunca!

-¡Me va a hacer caso a mí, te apuesto! -le desafió Joaquín.

-¿Cien dólares? -propuso Luciano.

-Tengo sólo cincuenta.

-Hecho.

El gran tema era que se había generado una bola de rumores imposible de parar. Las voces populares me habían ya matado de todas las formas posibles. Empecé a sentirme presionado. Porque lo cierto es que aún no tenía nada resuelto. Seguía balanceando los diferentes aspectos de la cuestión y no llegaba a nada. La familia, los amigos, todo pesaba. Pero, al fin de cuentas, no eran más que excusas. Pretextos, me decía yo. ¿A quién querés engañar, Demián? Lo que te atemoriza es ese momento. ¿Verdad? Y después, ¿qué habrá después? ¿Quién tiene razón? ¿Los católicos? Si ellos están en lo cierto, entonces estás perdido. Has violado todos los mandamientos; excepto el que dice *No mencionarás el santo nombre de Dios en vano*. Ese no lo habías violado hasta ahora, que mencionaste su santo nombre en forma completamente inútil, sólo para decir que jamás lo habías mencionado. Si serás imbécil. Ahora sí que estás listo. Salvo que te confieses, claro. ¿Y si existe la reencarnación? Eso sería duro de afrontar. Tener que volver a pagar por todo el daño que causaste en esta vida. Y eso sin contar las vidas anteriores. Pero las otras están muy detrás y no sabemos qué hay de ellas. Lo que nos preocupa es esta vida. Tampoco es que esté plagada de actos terribles. Recordá cuando salvaste aquel gato. ¿Te acordás? Se moría. Lo pisaba el auto si no te parabas delante de él, en medio de la calle, y obligabas al conductor de aquel Renault 2000 a desviarse y estrellarse contra una columna. Murieron todos; pero el gato se salvó. Era blanco y negro. Después lo mataste de hambre. Pero ese último tramo de vida fue vida que vos le diste, Demián. Fue una bendición tuya desde el momento en que lo salvaste de una muerte segura en aquella esquina de Bulevar Artigas y Colorado. ¿Quién puede castigarte por poner plazo límite a una bendición? Y están los que murieron en el auto. Eso fue un accidente. Vos querías salvar al gato. Pero no por eso vamos a decir que estás libre de homicidios intencionales. Acordate de tu tía Eustaquia, que en paz descanse. Cómo la



asesinaste, hijo de puta. Y también has cometido violaciones, secuestros, raptos, extorsiones, copamientos, hurtos simples y agravados, rapiñas, atentados violentos al pudor, lesiones graves, profanaciones de tumbas, difamaciones e injurias, desacatos, ultrajes públicos al pudor, instigaciones públicas a delinquir y quién sabe qué más.

No, mentira. Sabés bien que es mentira. No serías capaz de hacer nada semejante, por más que has pasado horas y horas de tu vida tramando sangrientas venganzas, descomunales atrocidades y actos diabólicos. Pero jamás fuiste capaz de realizarlos. ¡Ni siquiera fuiste capaz de terminar con ese estúpido gato! Tuvo que morir de viejo ese hijo de puta.

A la mañana siguiente volví a ver al psicólogo. Le dije que había tomado una decisión.

–Voy a hacerlo.

–¿Lo pensaste bien?

–Sí... Me pasé todo el tiempo meditando acerca de eso. Hasta evalué los métodos. Me di cuenta que una muerte brusca no la resistiría. Tampoco una agonía lenta. Creo que voy a tomar veneno. Es lo único que funcionaría, en mi caso.

–Te veo muy decidido -dijo el psicólogo-. Estás demasiado consustanciado con la idea de envenenarte, por lo que creo que te voy a dar pase a psiquiatra.

Me recomendó el nombre de un psiquiatra y me dijo que lo fuera a visitar en la tarde. Me extendió el pase.

Le hice caso.

–¿Estás seguro que querés suicidarte o se trata sólo de un arrebató pasajero? -fue lo primero que me preguntó el psiquiatra.

–Completamente seguro -respondí.

–¿Lo has hablado con amigos y familiares? ¿Apoyan tu decisión?

–Mi madre aún no me respondió. El resto, por lo general, sí.

–Está bien -concluyó.

Tomó el recetario y comenzó a escribir en él, pero de golpe se detuvo, como recordando algo.

–¿Sos alérgico? -me preguntó.

–No, ¿por qué?

–El cianuro está contraindicado para alérgicos.



–¿Por?

–Se podrían brotar.

–Bueno... total, me voy a morir.

–Sí, claro. –asintió el psiquiatra- Pero no olvides que el velatorio es la última oportunidad de dejar una buena impresión.

–Está bien. De todos modos, no soy alérgico –le repetí.

Me dio la receta para una dosis de cianuro. Antes de que me fuera me dijo:

–Vení a verme dentro de quince días... –y enseguida se retractó- Perdón, no dije nada.

Cuando llegué a casa no estaban ni mi mujer ni mi hijo. Sobre la mesa de la cocina había un papel que decía:

“Fui con Martín a lo de mi hermana. Si te matás, llamame. Te quiero. Ceci.”

La llamé. Le comenté mi decisión. Luego nos dijimos todas esas cositas lindas que se dicen las parejas cuando van a separarse a causa del suicidio de uno de ellos, y nos despedimos.

Revisé el correo por última vez. Lo que son las cosas. Mamá había escrito. Me decía:

“Hijo mío: Si recibís este mail es porque aún no has tomado la decisión que viene rondando en tu cabeza, según has dicho, desde ya hace un buen tiempo.



Normas para la presentación de colaboraciones

1. Las colaboraciones no serán remuneradas.

2. Los trabajos serán analizados por la Redacción, que se reserva el derecho de sugerir al autor las modificaciones de forma para adecuar el texto a las disponibilidades de cada edición. Aprobado el texto, el trabajo será publicado, tanto en la edición impresa como en el sitio web de la revista.

3. Los originales se remitirán (vía e-mail o correo tradicional) atendiendo las normas de edición LSD: **a)** nombres de revistas o libros: en cursiva; títulos de capítulos o partes de libros, mayúscula y minúscula, en negritas; **b)** citas, hasta dos líneas, en el cuerpo del texto entrecomillado (una cita inserta en otra, con comillas simples); **c)** citas, de más de dos líneas, constituyen párrafo aparte, sin comillas y en fuente más pequeña que la del texto; **d)** todas las citas deben acompañarse de su referencia bibliográfica, apellido de autor, fecha de publicación, ubicación en la obra (ejemplo: ROA BASTOS, 1997,

En primer lugar, debo disculparme por no haberte respondido antes. He estado muy ocupada últimamente, casi ni he tenido tiempo de sentarme frente a la computadora. De todos modos quiero decirte que voy a estar apoyándote en cualquier decisión que tomes y que podés contar conmigo para lo que quieras. Estás a punto de dar un gran paso en tu vida, y aunque ese paso sea hacia fuera de ella me pone orgullosa saber que estás encarando la situación con madurez. Y te digo una cosa: es normal que dudes. A quién no le pasa. No es algo que se decida a las apuradas, hay que tomarse su tiempo. Tu primo Valerio estuvo cinco meses para hacerlo. Y mirala a tu tía Hortensia, todavía sigue que sí, que no...

Te voy a pedir que me tengas informada acerca de cualquier cosa que decidas. Mandale muchos besos a Ceci y a Martincito.

Te quiero.

Tu mamá”

Le respondí en el acto. Le dije que había tomado la decisión y que lo iba a hacer. Un par de horas después, aquí estoy, escribiendo estas líneas, por si alguien quiere leerlas. Pero ya acabo. Allí está la píldora que me transportará... ¿hacia dónde? ¿Cómo será ese momento? ¿Me encontraré con los que se fueron antes? ¿Arderé en el infierno? ¿Me darán otra vida; aquí o en alguna parte? Ahora lo vas a saber, Demián. Se terminó el tiempo de la especulación. Estás metido hasta el caracú con todo esto, pero para bien o mal ya todo va a terminar. Tenés que encarar. ¡Encará, Demián! ¡Encará!



LSD

pág. 23); **e)** notas, siempre al final del texto; **f)** el listado de bibliografía consultada contendrá todas las obras mencionadas en el cuerpo del texto y las citas; **g)** texto en formato Word para Windows, espacio sencillo, fuente Times New Roman, cuerpo 12; **h)** imágenes en formatos de compresión JPG o TIF; **i)** cantidad máxima de páginas: cuatro.

4. Envíe, junto a su artículo, cuando sea la primera vez, un resumen en español de su currículum (no más de cinco líneas). Infórmenos su dirección postal electrónica y remita, si es posible, su foto digitalizada en formato JPG o TIF.

5. Previo al texto, coloque un resumen en español, de cinco líneas, con tres palabras claves, para la clasificación bibliográfica.

6. Las cuestiones jurídicas que puedan surgir de la cesión de materiales para LSD son de absoluta responsabilidad de sus autores.

Ernesto Alarcón

te pediré permiso

En un circular eclipse de sombras amartilladas y utopías imprecisas, te pediré permiso y te arrancaré los ojos mal heridos y te irás arando a la muerte sumergida, bajo el canto de una mano universal, como alma desnuda encendida destellante y encerrada, que habita, sin permiso, en las siluetas del azar homicida, y en las puertas del instrumento decapitado, esperan la actuación inofensiva diaria y desbordada, la magia secular de tus colegios desolados, licenciados en fúnebres ánforas ambulantes y deshojadas, sangra un despoblado de anfibios campesinos taciturnos, mirando, al triste silencio de las serpientes grises, y a la mecánica devastación de los trenes, sin vías acuáticas, en un poblado de cuevas no muy profundas y epitafios transparentes, las boinas pisadas se columpian en el filo de una armonía vacía y casi secreta, absortos y mendigos, las quimeras ecuestres se buscan en un fuerte aplauso geológico y la noche, interna de las voces entra en los perfiles del anillo como una hamaca de polvo, solitaria, reclamo al otoño rojo azul verdoso, enterrado en la crónica de un poema, la vieja muerte, escrita por las desgracias y turbulentas olas de las hachas, que juega y salta en una rayuela indefinida, dos horas de gemidos y una fábrica de sudores con olor a ojeras, jaque mate pluma y espada, embrión de puertas en cajas de cenizas, sobrio tu canto murmura desencuentro y en un colchón monarca de flores bucean tenues las luces del antro y mueren tristes los himnos sin mares, en los mares secos, postración, desempañías tibias caricias de muertes canosas y busco la paz de púas en la ausencia de la vida, castillos, y en el temprano coro de las flores tristes, alelí romana, sociedad primitiva vestida sólo hasta la cintura, labios serenos de seda sin





melancolía, gotea desde la papada de una estrella, la mitad de una noche invertida, inquieta, y el azul dilatado, cabalga eufórico en el lomo de una muralla abuela del viento miope, anodinos, los besos de barro se enfrentan, en una pasión destemplada, que agradece al viento misterioso sin encanto enlutado, los infinitos hurones negros, nafta, en estado de conclusión, algunas costillas de mi sombra sin presupuesto se aferran, al aserrín de tu recuerdo lánguido, siempre oscuro-amargo, barroco, como un barco vetusto, sin timonel que se hunde con su sonrisa, madera del puerto sin alcohol, en una tempestad anexada a la herramienta de un grito fugitivo, esclavo, con las manos secuestradas, desesperado recorro el ayer que hicimos, luciendo en alto el destino fúnebre que regamos, donde solíamos granizar con un compás el contorno de siete caminos atlas y de una vieja poesía anónima desgarrada por una flor ahogada en el iris de la luna, ¿cuál de los más profundos rencores triunfa?, haciendo los pasos del arte animal, las raíces del café gritan, se escapan del corral y asumen el dominio de la naturaleza, y en la sombra que da una botella todo terreno, nace la silueta de la angustia desvestida, acodada a un mostrador palacio de la depresión, templo de piernas que a veces dan tres pitadas en el CTI, adulterado por resistir la poda tenue de una sábana tejida por actores sin asombros de copas, serenata sin ley que calca, como el rocío más triste cuando pasa sus manos flechas, sonidos de sirenas, por la gramática de un lomo de burro hambriento, perfil de los detalles, queda flotando el mito de bruces contra la hipoteca de un jardín apoyado en el pétalo condenado a vivir en el teléfono tatuado en el silbido de un joven en vendaval, en la nuca del crimen, despacio y todo el tiempo, tengo una visión, abuso del ensayo, ella corre sin epidermis, a toda tensión, por la República de una piña sin era, geografía de pausas, célula absolutista, máquina de picar carne, y alguien se roba todo, a cara de perro, presencia extraña de mil cataratas de mármol cobardes dibujadas en el micro calendario, aplauden los dientes, inclinados hacia el hemistiquio del olvido, monólogo de la ruina, percusión

de nuestro abrazo subterráneo, colcha de libros roturados, y entra tu lengua y se hunde en el tenor más alto, varicela en el océano, machete a media altura, con los bloques del dolor, construyo las rodillas de una conversación desesperada, a toda velocidad y sin freno cae una lluvia de tijeras en punta, me refugio en la expresión vespertina de lo sensual, y la humanidad herida, metáfora de Homero Prometeo Edipo, pasión que esculpe el fondo, se duerme la eterna compañía que viaja por la esquila tambor, y en la noche estrellada comienza el día que es la misma noche, soledad pulso, promedio añejo, rencor asalariado, ningún cambio antes de tiempo, taciturno pulmón angosto faenado, la fuerza, el carácter, los mimos, el ventilador en el cielo, tu careo exagerado, tu perpetua inseguridad, hilo ácido de esta condena sin proceso, garganta que registra, siete ballenas muertas, sobra la primera vez, Penélope cenicienta, y en el intermedio de una caricia reclamo se estaciona la apatía y hay que cremar el cuello de este cuestionario repetido, que no es más que plomo de sangre en el perfume borrascoso, y ahí te escondes, mesera sin rostro, embajadora del infierno, valiente en la pelea, hablamos de todo, sin cuadricular en la superficie de un pistón negro o en el llano inútil cómplice de la arquitectura de un gris aurora, y se concentra en mi costado toda mi tristeza, anclada en la pupila de adiós nonino.

Siempre junio, la muerte de dos poetas, el perfecto espía, un beso rengo, una flor de mimbre sin barniz para...





Yamandú Acosta

El sujeto en la historia y en la política

Un comienzo requieren las cosas.

En el medio de procesos electorales enmarcados en las instituciones democráticas del Uruguay posdictadura y postransición, analizados y evaluados desde perspectivas teóricas en que el estatuto de los protagonistas en el escenario político, parece oscilar entre la condición de “actores” y la de “operadores”; referirse a ellos como “sujetos” en el plano específico de la política en el que compiten por el voto popular, haciendo política para así poder hacer políticas desde el lugar del poder político que puedan llegar a ocupar, tanto en términos reales como conceptuales, resulta inadecuado.

Los “actores”, suelen desempeñar (mejor o peor) papeles (primarios o secundarios) que están establecidos en el libreto (teatral, radial, cinematográfico o televisivo) desde cuyos constreñimientos pueden aportar la novedad de su personal creatividad, admisible en el grado en que no distorsione el sentido de la obra como conjunto.

En cuanto a los “operadores”, que los hay en todos los ámbitos de la actividad (turísticos, educativos, financieros, de la salud, etc.), especialmente si atendemos a una identidad paradigmática, como lo es la del operador P.C. (que no remite a ninguna sigla político-partidaria, sino a la expresión inglesa *Personal Computer*), nos encontramos con que su excelencia se estima por los mayores rendimientos logrados en el menor tiempo posible por sus estrategias operacionales dentro de los marcos de la lógica del sistema de que se trate.

En cambio, frente al “actor” o al “operador”, la condición de “sujeto” en la política, implica de suyo, serlo también de la política, o mejor aún de *lo político* y en este sentido, *sujeto político*.

El escenario político escenifica la política a través de actores políticos (candidatos, partidos) y sus actuaciones presenciales o mediáticas. Especialmente estas últimas han convertido cada vez más a la política en espectáculo. Particularmente en período electoral, ver en el informativo diario las declaraciones de los actores políticos, adquiere el sentido de las entregas periódicas de una serie televisiva. Como en ellas, hay buenos y malos. Aunque a diferencia de ellas, en la política como espectáculo, la bondad de los buenos y la maldad de los malos, es muchas veces fundamentalmente una construcción del espectador.

La escenificación de la política y su constitución como espectáculo mediático, representa ante la sociedad al sistema político, aunque ello no implique necesariamente la visibilidad social de su lógica; así como el desempeño que el actor haga de su personaje, no necesariamente se corresponderá con su eficacia como operador.

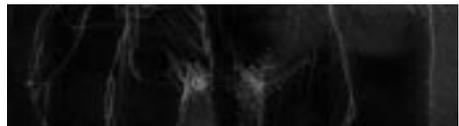
El escenario representa y oculta al sistema, el actor representa y oculta al operador.

Pero hay otro ocultamiento. El escenario político con sus actores y su omnipresencia mediática, y el sistema político con sus operadores y lógica de funcionamiento, ocultan al campo político, que más que de fuerzas es un campo de luchas, en el cual se define conflictivamente y nunca definitivamente el *sujeto político* en el sentido antes indicado, es decir aquél protagonista colectivo de lo político que no se conforma con ser espectador de la política como espectáculo ni mero receptor pasivo de los efectos de la lógica del sistema político, autorreferida o totalizada a través de sus operadores. La referencia al campo político como campo de luchas en el que conflictivamente se constituye en forma nunca definitiva el sujeto político, al implicar frente a la referencia física de las fuerzas, la más propiamente histórica de las luchas, pone en el centro la noción de historicidad, y hace del *sujeto político* un *sujeto histórico*, no solamente en el sentido de un sujeto en la historia, sino de la historia, en el grado y con la relatividad en que ello

es teórica e históricamente posible.

La pregunta por el sujeto en la historia y en la política, nos lleva entonces a discernir el énfasis politicista que, impulsado por la modernidad, al distinguir los niveles de lo real social, entre los cuales el nivel político que se presenta con un protagonismo determinante, se ha visto profundizado globalmente por la posmodernidad (liberando presuntamente a la racionalidad política de la racionalidad económica; tal vez para supuestamente liberar a la racionalidad económica de la racionalidad política), y regional y localmente por el transicionalismo orientador de la construcción de las democracias posautoritarias.

Para poder visualizar al sujeto en la historia y en la política, en su condición teórica e históricamente posible de sujeto político e histórico, hay que procurar una mirada que logre atravesar el nivel representacional del escenario político y la lógica inherente al sistema político. Es en esta trascendentalidad inmanente, sea al escenario, sea al sistema, en la que actores y operadores, que mantendrán la identidad propia del espacio de su específica definición, en sus relaciones y tensiones con otras expresiones y especificidades de la diversidad social, harán parte de la historicidad de las luchas, contribuyendo desde su especificidad a la conflictiva y nunca acabada construc-



ción de aquél sujeto político e histórico.

Para mejor ubicar la pregunta y las líneas de respuesta que a la misma puedan esbozarse, luego de haber hecho pie en la cuestión, desde la que podría identificarse como la fotografía y la radiografía de su manifestación vigente, y de haber procedido a un inicial discernimiento de la misma, parece tener sentido ensayar una aproximación a algunos ejes histórico-teóricos de su formulación.

Que el ser humano (como individuo, persona, grupo, clase, comunidad, asociación, sociedad, humanidad, etc.), sea sujeto -es decir autodeterminado y con capacidad de determinación sobre la alteridad-, es una idea que adquiere carta de ciudadanía con la modernidad, en tanto es instituyente de la misma.

La cuestión del sujeto en la Grecia clásica.

Sin desconocer su riqueza y diversidad, el orden de la cultura griega clásica, es centralmente un orden sin sujeto. El cosmos (mundo/orden) es un orden natural (racional, verdadero, bueno, justo y bello), en el que los seres humanos, como cualesquiera otros, ocupan el lugar que les corresponde por naturaleza. No obstante los griegos, particularmente varones, adultos y libres, se identifican en la fórmula aristotélica del animal político, la *polis*

que enmarca esa identificación, no es concebida por ellos como su producción autónoma, expresión de su acuerdo o convención, sino cumplimiento de la finalidad de la naturaleza, por lo que el ser del animal político es la realización de un deber ser teleológicamente establecido en el orden natural de los entes. No hay allí lugar para ninguna historicidad, autodeterminación o determinación de la alteridad, que suponga transgresión del *logos* ordenador de la naturaleza. Cualquier pretensión en esta dirección, sería legítimamente rechazable por antinatural, irracional y esencialmente injusta.

El sujeto en la cristiandad medieval.

También el orden de la cristiandad medieval es diverso y rico en múltiples perspectivas. No obstante, se articula como un orden hegemónico en el que Dios aparece como un sujeto absoluto, en tanto trascendente al mundo de su creación que incluye a los seres humanos. El hombre, creado a imagen y semejanza de este creador, declina de distintas maneras frente a él. La religión aparece entonces como forma dominante de articulación de la convivencia, señalando los correspondientes lugares de las personas y los grupos en el plan divino de la creación, reproduciendo el orden por la apelación al poder infinito de Dios. El cristiano debe obrar bien, es decir en el sentido de las orientaciones de la palabra de Dios, o sea de sus representantes en la vida terrenal, generando así méritos



para la vida eterna. No obstante dichos méritos, en lo que hace a la vida terrenal el castigo de Dios o su misericordia son siempre posibles, por lo que frente a la ineluctabilidad teleológica del orden antiguo, la crisitandad introduce la perspectiva de la redención o del castigo para la vida eterna, apuntando objetivamente a sujetar las conductas por una lógica diferente a la del orden antiguo: en lugar de la sujeción implicada en la aceptación del destino natural, la propia de la lógica meritocrática para poder aspirar a la salvación eterna. En lo que hace a la vida terrena, la perspectiva del castigo o del milagro como expresión de la voluntad absoluta de Dios, quiebra la totalización de la racionalidad del cosmos griego.

Las tensiones en la fundamentación del ser humano como sujeto en la modernidad.

La autoconciencia del ser humano como sujeto político e histórico en la modernidad, se objetiva con claridad en las consideraciones de Maquiavelo en el célebre pasaje de su obra **El príncipe**, publicada por primera vez en 1513: *No ignoro que muchos opinaron y opinan que, gobernando la fortuna y Dios las cosas de este mundo, la humana prudencia no puede alterar las adversidades y, por tanto, que éstas no tienen remedio alguno. (...) Pero como no se ha anonadado nuestro libre albedrío, admito que sea verdad el que*

la fortuna rija la mitad de nuestras acciones; sin embargo, nos deja gobernar la mitad restante o buena parte de la misma. El texto expresa la ruptura secularizadora fundacional del orden moderno: en un contexto, el que aún muchos opinan que Dios y la fortuna gobiernan las cosas de este mundo, Maquiavelo finalmente coloca a los seres humanos con su libre albedrío en el lugar de Dios. Si se tiene en cuenta que la fortuna comprende a los acontecimientos y procesos naturales ajenos a la acción humana (terremotos, huracanes, etc.), pero además a los efectos no calculables de dicha acción, el hombre moderno suma al despliegue de su racionalidad técnica con la que pretende incrementar su dominio sobre la naturaleza, el potencial histórico-político de anticipación y calculabilidad de lo aún no calculado, en el despliegue de esa racionalidad estratégica que hace de la política el arte de lo posible y por lo tanto, el referente moderno de una esperanza y una redención seculares. Los seres humanos ocupan el lugar de Dios, por lo que la política ocupa el lugar de la religión. Por la mediación de la política, la redención ha descendido de la eternidad a la historia. En Maquiavelo, el sujeto político e histórico en las circunstancias por las que atraviesa la patria italiana, que se vislumbra como capaz de producir su redención, para lo cual con su *virtú* (capacidad o energía realizadora), deberá vencer a la fortuna, es el sujeto individual del poder político históricamente posible, el

príncipe. No obstante, esta individualidad del sujeto histórico-político, en la que la teoría no hace más que recoger la visibilidad del poder propia del Renacimiento europeo; no escapa al discernimiento de Maquiavelo que la construcción y la reproducción del poder por parte del príncipe, depende en buena medida de cómo su *virtú* logre articular deseos, expectativas y demandas provenientes de otras fuentes de poder social y político real, como lo eran el pueblo y los nobles.

Con Descartes en el siglo XVII, el sujeto de la modernidad alcanza un estatuto metafísico: es el *ego cógito* (yo pensante) que se siente amo y señor respecto de toda alteridad identificada como naturaleza o corporalidad no pensante. Es sujeto *de* la historia absolutamente, porque no lo es *en* la historia y *desde* ella. De acuerdo a la tercera regla del método, luego de haber desarmado analíticamente la alteridad objeto de su interés teórico-práctico, puede proceder a la síntesis, pero si así lo prefiere, introduciendo en ella un orden producto de su autónoma

concepción, distinto al que dicha alteridad tenía por naturaleza. El moderno sujeto sustancial metafísico cartesiano, apuesta a partir de intuiciones racionales fundantes, a su capacidad analítico-sintética para convertirse en el creador de un mundo a la medida de sus necesidades, intereses y deseos: el *ego cógito* se ha apropiado sustancialmente del lugar de Dios.

En el mismo siglo, el cartesiano John Locke, traduce este sujeto metafísico en clave económico-política. El *ego cógito* se transforma con Locke en el *propietario, homo economicus*, individuo poseedor-calculador, que sobre el cálculo egoísta de sus intereses conforma el orden político, para asegurar su propiedad frente a la alteridad de quienes puedan amenazarla. El *sujeto político* es producto de la trascendentalización desde la esfera económica a la esfera política de los intereses del *sujeto económico*, por lo que la lógica del poder político que desplegará con pretensión de legitimidad es particularista o universalista excluyente: el poder político al servicio



Shopping Virtual del Uruguay

Web: <http://shopping.todouy.com>

Email: ventas@todo.com.uy

Ventas en línea
desde Uruguay a todo el mundo

de los propietarios y de la *propiedad* como valor de fundamentación última y por lo tanto, contra quienes la amenazan en su definición actual o en sus posibilidades futuras de desarrollo.

En el siglo XVIII, con Kant, esta figura burguesa de lo humano se trascendentaliza en la condición del sujeto trascendental. El sujeto trascendental es el legítimo ordenador del mundo, legitimador del conocimiento, de la acción moral, así como también del proyecto histórico-político de una historia universal cosmopolita.

Con Hegel, en el siglo XIX; el sujeto trascendental kantiano es desplazado por el espíritu absoluto. Ello supone una tensión entre historicismo y ontologismo, en que el segundo parece dominar sobre el primero, de manera tal que los pretendidos sujetos políticos e históricos empíricos, no son más que la mediación visible a través de la cual tiene lugar el ejercicio de la astucia de la razón de aquél fundamento ontológico absoluto. Para Hegel, su filosofía expresa el momento del autoconocimiento y reconciliación del espíritu absoluto, lo cual supone que la historia ha llegado a su fin, consagrando la sociedad burguesa y el absolutismo como síntesis pretendidamente final de lo humano.

También en el siglo XIX, Marx sustituye el ontologismo por el estructuralismo, poniendo al historicismo en una nueva tensión. Los sujetos, históricos y políticos, se definen ahora estructuralmente y su lucha política tiene entonces dimensión estructural; se lla-

ma lucha de clases. La burguesía ocupa el lugar de la dominación, el proletariado el de la emancipación. El proletariado es entonces identificado como el sujeto histórico-político revolucionario, por cuya acción transformadora hacia la sociedad sin clases, se realizará finalmente un universalismo concreto, por el que tendrá lugar el comienzo de la efectiva historia humana, es decir de un orden planetario incluyente sin explotación del hombre por el hombre.

Volviendo a nuestra posmodernidad posautoritaria y postransicional.

El siglo XX fue un campo de luchas en que, entre otras, se pueden hacer visibles todas las tensiones histórico-teóricas aquí reseñadas. Luego de una revolución socialista que construyó su mundo a su imagen y semejanza, asistimos a su colapso por fracaso o por derrota, en el contexto de una revolución capitalista, en que “la paz perpetua” eje de orientación de la modernidad ilustrada, ha sido sustituida por “la guerra infinita”, orientación del poder de dominación en la posmodernidad anti-ilustrada.

Esta revolución capitalista es global. El sujeto histórico y político que la ha impulsado y la mantiene en curso, ha intentado invisibilizarse tras la racionalidad del mercado como un pretendido orden natural y legitimarse en términos de la ética cristiana por su deformación y transformación en ética del capitalismo: de “el cristiano

obra bien y deja el resultado en manos de Dios” a “el individuo calculador-poseedor obra bien y deja el resultado en manos del Mercado”. Pero los buenos resultados del Dios-Mercado para las grandes mayorías del planeta se alejan a pasos agigantados, por lo que el capitalismo utópico se desmascara como capitalismo nihilista y cínico: no hay alternativa. Los sujetos del poder histórico y político del orden global vigente, no pueden entonces evitar hacerse visibles: sujetos imperiales en cuya constitución se articulan los poderes económico-financieros y político-militares, imponiendo la guerra como la política por otros medios.

Para las grandes mayorías que no desempeñan papeles visibles en los escenarios locales o globales del poder, cuya aspiración es a que el sistema de poder en lugar de estar al servicio de su exclusión, se oriente a la afirmación inclusiva de su dignidad humana, “sujeto político” y “sujeto histórico”, son ideas reguladoras de significación práctica, estratégica y táctica, funcionales a su articulación como contrapoder, que permita interpelar con sentido y eficacia los escenarios, sistemas, actores y operadores del poder que los excluyen.

Sea localmente, sea globalmente, el referente de un *sujeto popular* como *sujeto político e histórico*, en el contexto de nuestra posmodernidad pos-autoritaria y postransicional, en la medida en que se articule desde los excluidos y los solidarios territorializados, aparece como perspectiva de ar-

ticulación y activación que no obstante inevitables mediaciones, puede ser capaz de someter al mercado al criterio de la vida digna de los seres humanos sin exclusiones.

Montevideo, octubre de 2004.

LSD

en **Librería Cronos**
Paysandú 1821

QUINTO PISO
taller literario

401 8233

danielvidal@montevideo.com.uy

Andrés Medero

Inés



Había venido del interior, no sé de qué parte, sé que no era de Montevideo, me enteré cuando escuché que le contaba a una amiga que había recibido una encomienda que sus padres le habían mandado. Como la amiga sí era de Montevideo, ella le aclaraba la enorme importancia que tenía recibir esos paquetes enviados desde el hogar materno, la expectativa que generaba su contenido incierto, que nunca pasaba de ropa, comida y algunas noticias familiares -se los abre casi ritualmente- llegó a decir en voz baja, pero de todas formas escuché cuando agregó que estaba triste porque no había tenido con quien compartir aquella ceremonia, porque no había podido correr de un lado al otro del minúsculo apartamento con los distintos objetos en sus manos a medida que los iba sacando del paquete para mostrárselos a alguien que compartiera por ellos su misma momentánea, efímera emoción. Se había limitado a ponerlos sobre una mesa de madera desnuda, a sentarse en una silla para mirar sin ver un buzo de lana rojo tejido a mano en punto inglés prolijamente doblado, acompañado por una tarjetita de cumpleaños infantil en la que se leía para que no pases frío, Inés, ahora que se viene el invierno, unos libros usados, que seguramente la madre pensó que le podían ser de tanta utilidad como el buzo, y unos buñuelos de acelga cariñosamente envueltos aparte.

No escuché lo que le contestó su amiga porque el bullicio se hizo más fuerte, seguramente trató de reconfortarla, de darle ánimo; ella confesó tímidamente que se sentía sola, casi con vergüenza dijo que se quería volver.

Ellas, igual que yo, estaban esperando unas fotocopias en un kiosco lleno de otras personas, de otras conversaciones; en ese momento le alargaron un sobre gris lleno de hojas, era lo que ambas habían estado esperando; una fracción de segundos más tarde otra persona me alcanzó mis copias; mientras las conversaciones continuaban, los tres salíamos del kiosco con pequeños pasos, casi a los empujones y repitiendo, por mera formalidad, aquello de permiso, permiso.

En un respiro alcancé a escuchar que ella decía aún todo está por decidirse para mí. Con esa simple frase me recordó un cierto optimismo momentáneo

que yo solía sentir de a ratos.

Una vez en la vereda, se despidió de la amiga que no parecía tener una preocupación sincera por ella, simplemente se limitaba a aparentar que así era, jugaba su juego de apariencias, como lo hacemos todos; como es nuestra costumbre.

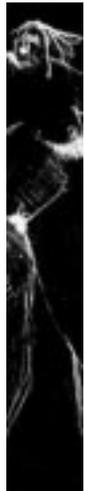
Ella siguió sola su camino. Atrás quedaron la Facultad, la amiga, el kiosco y las apariencias; por lo menos, hasta el día siguiente. Cruzó en diagonal una plaza céntrica para llegar a la parada, no debió esperar mucho para que, a tres cuadras de distancia, alcanzara a leer borrosamente el destino del ómnibus que la llevaría hasta su casa.

Debía caminar cinco cuadras después de bajar del ómnibus; al hacerlo, se encontraba en un cruce de avenidas; por una de ellas, continuaba el ómnibus su recorrido; por la otra -pero cinco cuadras más abajo- vivía Inés en un edificio viejo, verdaderamente viejo, que -pese a todo- conservaba un cierto cariz de esplendor.

Era una construcción de dos pisos de apartamentos pegados unos a otros; en el piso superior había dos claraboyas circulares sin rejas y con los vidrios rotos, las manchas de humedad tomaban mil formas distintas proyectadas en un techo que hacía las veces de lienzo blanco. Además de las dos derruidas claraboyas que permitían entrar al invierno libremente, había una salida a la azotea que estaba cubierta por una suerte de compuerta corrediza de madera pintada con un marrón fuerte totalmente descascarado. Había una escalera, igualmente pintada y descascarada, suspendida en el techo blanco por una sogá verde que al desatarse descolgaba la escalera de apariencia ingravida y permitía subir a colgar la ropa en la azotea.

Inés vivía en el piso de abajo; se alcanzaba su apartamento caminando por un largo corredor, un corredor exageradamente largo y oscuro. No había una sola luz en los corredores de todo aquel edificio. Después Inés me dijo que gente de la calle entraba y se robaba las lamparitas.

Incluso gente que no tiene donde dormir duerme en los corredores porque la puerta del frente no tiene cerradura; pero, si la dejamos cerrada, no corre una gota de aire y prefiero pasar frío a soportar estos olores a caño. ¿Ves ese caño que está ahí? Es de la grasera de la vecina del apartamento de arriba; mirá dónde es el desagüe. Justo al lado de la ventana de mi cuarto; eso, apenas llueve, se tapa y empieza a salir un olor... Por más que cierre todas las ventanas, es insoportable. Y si cierro todas las ventanas me ahogo. A veces, por el pozo de aire lo único que baja es un vaho de comida, asqueroso, y yo me mareo y no puedo respirar.



A lo largo del corredor había dos apartamentos, pero el edificio tenía una parte del corredor perfectamente inútil, ciego, las paredes estaban empapeladas por un papel florido, digo florido porque tenía flores, pero todas eran de un mismo tipo y color, todas salían florecientes en ramo de unos recipientes pequeños que apenas alcanzaban a contener una mínima porción de los tallos de aquellas flores rosadas. Donde no estaban estos salpicones de rosado, el papel era blanco, o lo había sido en algún tiempo. Pero ahora, más que empapeladas, las paredes del edificio estaban cubiertas de papel sucio. El corredor terminaba en la entrada a otro apartamento que había sido ganado completamente por la oscuridad y estaba abandonado. No era el único; en el piso de arriba, gemelo con el de abajo, había otro apartamento abandonado. Por lo tanto, hasta donde pude saber, en aquel edificio vivían Inés, una anciana que era vecina del corredor de ella y, en el piso de arriba -en uno de los apartamentos- una mujer sola, en otro, otra mujer que vivía con su marido y -en el último habitado- un matrimonio de ancianos que se desentendían de todos y de todo. Y todos se desentendían de ellos porque los ancianos tenían un balcón a la calle; su apartamento era el único que daba a la calle y no a los pozos de aire. Con ello era más que suficiente para que todos se desentendieran de ellos y ellos se desentendieran de todos y de todo, principalmente del papel tapiz.

La tercera o la cuarta vez que visité a Inés en su apartamento me di cuenta que no había exagerado en nada el vaho que bajaba por los dos pozos de aire; ese olor insoportable se había filtrado, después de tantos años, en las paredes de todo el edificio como si fuera agua y, paulatina e incansablemente, había ido ensuciando el papel florido que en algún tiempo se debió mostrar suntuoso y debió alimentar diariamente la soberbia de quienes por entonces vivían en el edificio.

Inés vivía ahora en ese apartamento porque se lo había prestado una amiga de un pariente suyo que no lo necesitaba para nada, como suele ocurrir en muchos casos, y permitía que esa muchacha del interior se quedara allí mientras cursaba la carrera de Derecho.

No tenía otra opción más que vivir ahí todo el tiempo que aguantara, pero ella no llegaba a explicarse cómo la señora que vivía sola en el apartamento de arriba se enorgullecía de alquilarlo hacía cuarenta y dos años, según decía a todo el que entablara conversación con ella. Eso mismo hice yo una mañana que nos cruzamos en el corredor. Ella venía del almacén de comprar sus propios víveres y los de la anciana vecina de Inés. La señora me explicó: la pobre viejita, María, no tiene a nadie y apenas puede moverse. Doña María, al escuchar voces conocidas, se acercó a la puerta del apartamento pero no se atrevió a abrirla hasta que escuchó de labios de la mujer abrí María, soy yo. En un

tremendo esfuerzo la anciana abrió la puerta y, en uno no menor, extendió los brazos para tomar un flautín envuelto parcialmente en papel manteca, otro paquete encintado donde probablemente habría alguna variedad de fiambres y quesos, y un litro de leche que vencía ese mismo día; a doña María no le alcanzó la plata para pagarle a la mandadera que le hacía el favor todas las mañanas de perdonarle cinco pesos, pero -para no herirla en su susceptibilidad- todos los días, con voz firme, recalcaba que de tarde pasaría a reclamar los cinco pesos que la vieja le adeudaba; cosa que, claro está, nunca hacía.

Luego de que doña María cerró la puerta, me dediqué a hacerle toda suerte de preguntas acerca del edificio a aquella mujer solitaria que había quedado parada frente a mí en medio del corredor. No me interesaba conocer la respuesta a ninguna de mis preguntas, lo que ocurría es que la mujer que le traía todas las mañanas el desayuno a doña María me intrigaba profundamente; no era una mujer de apariencia generosa, sino todo lo contrario, una mujer mezquina y solitaria, así la habían forjado la vida, el azar y las circunstancias. Y eso precisamente era lo que me intrigaba. La generosidad se emparenta muy cercanamente con la esperanza (si se me permite la palabra) y la esperanza con el perdón. Esta mujer, próxima a los sesenta años, había comenzado a perdonar, transitaba el camino inverso de la inocencia a la mezquindad; forzada, volvía, estación por estación, a la esperanza, a la generosidad de llevarle a doña María el desayuno. Estas son meras suposiciones, porque nada en ella revelaba nada acerca de sí misma, así que lo único que obtuve fueron las respuestas que dio a mis preguntas. Vine a enterarme que el edificio no era un edificio, era una construcción de apartamentos del año mil novecientos cuarenta y cuatro donde cada uno de ellos no tenía más de treinta metros cuadrados y eso hacía imposible su venta por una disposición legal, entonces se alquilaban; pero, en mil novecientos setenta y siete, esa disposición dejó de existir y los apartamentos comenzaron a venderse. Se vendieron todos los apartamentos, menos el de ella, que lo siguió alquilando al antiguo dueño del edificio durante unos años más.

Un tal Mastaldi, me dijo. Yo hace cuarenta y dos años que soy inquilina, fui de las primeras personas que viví acá; cuando Mastaldi se separó de la mujer vendió mi apartamento, pero el que se lo iba a comprar le puso como condición para adquirirlo que yo siguiera siendo la inquilina. ¿Dónde iba a encontrar otra inquilina como yo? Lo tengo impecable al apartamento, nunca hubo que hacerle un solo arreglo; igual, son -los dos- bacanes y están tirados para atrás.

Al terminar esa frase la pobre mujer se rió socarronamente, como si hubiera dicho algo que estaba prohibido decir, como si hubiera terminado de cometer una travesura o un crimen, como si se estuviera desquitando del señor Mastaldi y del otro, el actual dueño del que ni siquiera sabía su nombre pero que, en

definitiva, era un Mastaldi más. En eso nos interrumpió otra persona. Era la mujer que vivía con el marido en uno de los apartamentos de arriba. La mujer hablaba exageradamente rápido, pronunciaba palabra tras palabra sin respiro; demoré unos instantes en percatarme de qué estaba hablando. Le contaba a la otra mujer acerca de un sobrino que se había ensuciado la túnica y ahora había que comprarle otra.

La madre le preguntó cómo se había ensuciado la túnica de esa manera; él contestó que había sido comiendo chocolate y la madre le dijo pero si en la escuela no venden chocolates. La cosa es que llegó a la casa con un olor a mierda insoportable, concluyó la mujer de mejillas regordetas y rojas como manzanas. El marido me había dado los buenos días; era un hombre parcialmente calvo, el pelo que le restaba era grisáceo; tenía un pantalón deportivo azul, unas alpargatas y una camisa a cuadros marrón y blanca. Había estado escuchando a su mujer con una expresión de fastidio y, cuando la mujer dijo mierda, el hombre exclamó ¡Ana! Con tan sólo pronunciar el nombre de su mujer, fue más que suficiente para que ella se callara, se despidiera de su vecina, me diera a mí los buenos días y terminara de salir del edificio.

El hombre, sin quitar de su rostro la expresión de fastidio, volvió a saludarme y salió detrás de su mujer. La inquilina dijo bueno, va a tener que disculparme. Y se fue para su celdario.

Seguí por el corredor hasta el apartamento de Inés, le conté las conversaciones que había tenido con sus vecinos en el corredor, pero ella ya las había escuchado. No sólo porque se escuchaba todo lo que sucedía en el corredor, sino porque la historia de Ana ella la había escuchado hacía unos cuantos días, cuando se la contaba a alguien por teléfono.

Se escucha todo, comenzó a decir. Todo. Cuando habla por teléfono, cuando habla con el marido, cuando habla con la hija que la viene a visitar junto con los nietos que, encima, están a los gritos. Cuando mira televisión la escucho como si el aparato estuviera en el comedor de mi apartamento. A mí me da vergüenza porque ellos también deben escuchar todo lo que yo hago y digo; tengo siempre la sensación de que alguien me está mirando. No puedo estudiar en medio de tanto ruido. Ya no sé qué hacer. Ni siquiera corre aire en esta porquería. El estúpido de mi novio, cuando le expliqué todo lo que me está pasando, me dijo compre un ventilador.

Yo simplemente la miraba. Siempre llevaba su cara desnuda, lo que es una gran virtud en una mujer, sin dudas. Era hermosa, el pelo largo y negro le caía hacia la izquierda por más que ella ahora se pasara las manos por el pelo repetidas veces, agachara la cabeza y se la tomara con ambas manos, o se apretara la frente con la palma de la mano apoyando el codo izquierdo en la mesa de madera. Un grupo de canas le había comenzado a nacer exactamente

donde había apoyado la mano: las hebras blancas le nacían en la mitad de la frente, justo donde comenzaba a inclinarse su cabello. Estaba más delgada que unos meses atrás; su cara, más blanca, daba lugar a unas crecientes ojeras que acentuaban el rojo gastado del buzo de lana que le había mandado su madre.

Ella no sabía qué más hacer; en verdad, no podía hacer nada más. Eso precisamente era lo que quería escuchar de mí, pero yo ni iba a pronunciar esas palabras. Soy egoísta como todos; decidí mantenerme en silencio y así lo hice.

Ella continuó: mi madre y mi padre me extrañan, yo extraño la casa, mis amigos, la ciudad, todo. Mi novio me dijo que se puso el consultorio en la casa de los padres, que le compraron el sillón de dentista y le van a comprar lo que necesite; le falta muy poco para recibirse. Yo, acá, creo que hice todo lo posible, hice todo lo que pude, extraño mucho y esto ya es insoportable, insoportable.

Dejó caer su cabeza abatida hasta que el mentón le rozó el pecho rojo; levantó lentamente la frente, me miró con unos ojos negros exageradamente abiertos y dijo: Me vuelvo.



LSD

PAMARO
SOLUCIONES GRAFICAS
TEL.: 512 1041
 Celular: 094 422 967
 imprentapamaro@adinet.com.uy
 Pontevedra 3417 bis casi C. Nery

Verónica Natalia Núñez Vargas



Desértico

*el hecho es que en la calle desierta
me sentía visible y vulnerable, infinitamente...*

Jorge Luis Borges

Duele
no ser de ningún ser
siendo parte de esta soledad que rompe los ojos
y no hace menos / en el alma.
Así somos de dolientes
sin ser de ningún ser / de otro
pululando en el desierto que rompe los ojos
y no hace menos / en la sobreviviente.
Así estamos / invariablemente
muriéndonos / de silencio
poseyendo / nada.
Acabándonos estamos
desde que nacimos a la luz
a la muerte / a la razón asesina.
Así estamos / circularmente
sin estar / pero pensando
siendo célula inactiva
de la universal / expansionista / ermitaña
soledad.
Así somos / no siendo
vulnerables seres / durmientes
parte ínfima / indivisible
de un todo / tristísimo
de un algo desértico

siendo parte de esta soledad que rompe los ojos
y no hace menos / en el alma que
duele

dicen que dicen...

El **Grupo por el Acceso a la Información Pública (GAIP)** -integrado por AMARC, Amnistía Internacional Sección Uruguay, APU, Archiveros sin Fronteras Sección Uruguay, Archivo General de la Nación, Asociación Uruguaya de Archivólogos, Escuela Universitaria de Bibliotecología y Ciencias Afines, IELSUR, SERPAJ y Uruguay Transparente- informó (a fines de junio de 2006) que la bancada del Frente Amplio ingresó formalmente al Parlamento como **proyecto de ley de acceso a la información pública y amparo informativo** el anteproyecto elaborado por ese Grupo de trabajo.

Esta iniciativa de la sociedad civil (organizada en el GAIP) parte de la premisa de que el acceso a la información pública es un derecho humano fundamental y no una concesión del Estado; de que no se trata únicamente de un derecho individual sino que se encuentra asociado al interés público por ser una precondition de la democracia, del debate abierto de ideas y del control del gobierno.

En Uruguay no existe una política de apertura, una política de Estado o una cultura de la información; por ello, al igual que cualquier otro derecho humano, el derecho de acceso a la información pública requiere de leyes o normas que lo instrumenten, pero también de una política o práctica institucional adecuada que asegure su plena y efectiva vigencia.

Esta política institucional a la que se aspira debe estar acompañada de un marco legal acorde para regular la conservación y el manejo de los archivos públicos a través de un sistema nacional de archivos del Estado. La existencia de ese sistema archivístico -entendido como medio de gestión integral de documentos públicos- constituye la premisa imprescindible para la plena operatividad del derecho de acceso a la información.

El GAIP entiende que es responsabilidad del Estado ocuparse de la organización, acceso y conservación del fondo documental producido por él, así como también velar por aquél cuya producción se origine en el ámbito privado, en tanto también recoge la memoria colectiva del país.

El ingreso al Parlamento de este proyecto de ley elaborado por la sociedad civil -con participación de organizaciones sociales y de derechos humanos- cuenta con amplia sustentabilidad social y augura un amplio respaldo político que, se espera, redunde en beneficio de muchos.

Wilson Javier Cardozo

El extraterrestre

*Mi secreto está en la retorcida
naturaleza de todos ustedes.*

Juan Carlos Rubiano en *san francisco blues*



La historia es bien sencilla.

El fotógrafo vino y me trajo, de obsequio, un extraterrestre.

Yo enseguida interpreté el gesto. He visto su casa repleta de juguetes que le regalan sus amigos. Ratas, cucarachas, viboras, insectos varios. Este con un dispositivo para los caramelos, aquel con un chifle bajo la cola, el otro con un disparador de perfumes convenientemente oculto.

Es sencillo, me dije. Su forma de agradecerme las dos o tres veces que aproveché las entrevistas que le hice para decir cosas que sólo a él pueden parecerle cuerdas. O a los directores de la sección Cultura a los que, cada tanto, les quedan dos o tres páginas sin relleno, aunque agranden el cuerpo de las letras, incrementen el interlineado o exageren la dimensión de los titulares.

Un extraterrestre es un decir. O es la traducción a nuestro idioma del insufrible inglés, comercial y esquemático, en que aparecía presentado este cuerpecito de material indefinido (“no tóxico”, aclaraba el prospecto) en su perfecto estuche de plástico. También decía (creo yo) que, colocado en agua, a partir de las 48 horas, incrementaba su tamaño seis veces.

Se parece, ustedes ya se lo imaginaban, a los Gremlins, aquellos personajes de Joe Dante. Pero viene solo, claro. E inanimado. Seguramente el mismo mercado solucionará estos inconvenientes en poco tiempo.

Esto fue así. Y es sencillo. Y pasó hace tan sólo un mes.

Después del obsequio, fuimos a lo que importaba: me contó sobre su próxi-

ma instalación fotográfica. No me sorprendió porque -aunque siempre es bueno mantener intacta la capacidad de asombro- previo a que me visite yo me preparo como quien trata de descubrir la jugada de su oponente en lo más nimio e insignificante de sus gestos.

El fotógrafo es el mismo, pensé. Sin embargo la mirada giró. Desde lo morboso y cotidiano hacia la agobiante presencia de la muerte. La que provocamos. De la que huimos. Ahora intenta ocupar el espacio gráfico para detener, en imágenes, la muerte de animales atropellados aquí o allá en nuestras carreteras, para quitarle la velocidad con que sucede e incorporarla al diálogo cromático con que la belleza no logra encubirla.

El fotógrafo es el mismo, pensé. Sin embargo, la mira ya no apunta a animales inmundos que se multiplican e invaden, que avanzan tanto sobre los periódicos como sobre los rostros humanos. Ahora el disparador se acciona sobre el cuerpo de la muerte. Ese cuerpo, en ocasiones se parece al de nuestros animales domésticos; en otras, es tan sólo un desarticulado amasijo de entrañas dispersas en la ruta.

Esa misma noche, en casa, me tomé el trabajo de liberar al extraterrestre de su estuche de plástico, de sumergirlo en el fondo de un envase de vidrio de una conocida marca de dulce de leche. Lo coloqué (para evitar el interés del gato, que podría confundirlo con otra especie más nutritiva) detrás de algunos tomos de Borges que adornan la parte más visible de la biblioteca.



Sencillo, me dije, sólo un regalo sin tarjeta. De un tipo extraño que jamás va a decir “va regalo”.

Este hombre ha sabido incomodar a más de uno, perturbar la tranquila seguridad de críticos atornillados al servilismo ideológico. Con sus ratas fotografiadas pero también vivas, violetas, enjauladas. Con cucarachas sorprendidas por la lente en la mejilla de una joven, en las cejas de un anciano. Con la basura repleta de fotografías y de seres humanos.

Sus antecedentes muestran a un tipo que tiene por consigna atreverse, muy parecido al personaje que creara el colombiano Rubiano, en *san francisco blues*.

Aquel negro chicano (John Fitzgerald Guerra, lo bautizó Rubiano, para la ficción y la posteridad) también sacudió a los medios publicitarios y artísticos de San Francisco cuando decidió trabajar sobre la muerte.

Acaso también él haya pasado por la experiencia de encontrarse un buen día con una vieja Minolta en las manos y, casi sin darse cuenta, dejarse atrapar por la pasión fotográfica, al punto de perder la vergüenza o la cordura.



Ha seguido creciendo, mientras tanto. Al principio lo atribuí a la deformación que provoca el agua, después admití que -era obvio y estaba de conformidad con el prospecto- había aumentado de tamaño. Cuando le quedó estrecho el envase de vidrio, recorté una botella de plástico, de dos litros, que llené casi hasta el borde de agua, y lo sumergí de nuevo.

La novedad del trabajo de Guerra, el personaje de Rubiano, consistía en usar muertos. *No me preguntes por qué, pero el asunto resulta -dice-. Cuando el secreto empezó a conocerse, al principio asombró y asqueó a todo el mundo. Cada vez que alguien veía un anuncio publicitario donde aparecía algún animal, dudaba entre si el bicho estaba vivo o ya había cambiado de barrio. Yo no sé qué oscuro instinto impulsa a la gente a admirar con tan morboso placer la muerte. He hecho experimentos con amigos, presentándoles las fotos del gato disecado y otras de gatos vivos, y por lo general se sienten atraídos por el que dejó de tomar coca-cola para siempre. Esa pasión bizarra es lo que ha logrado que mi negocio funcione de maravilla.*

En determinado momento me di cuenta que era necesario concederle más espacio. Entonces, cuidadosamente lo agarré de la cabeza y lo puse en la bañera, casi repleta de agua con sales aromáticas. Aquí va a estar a sus anchas, me dije.

Algunas miserables críticas han intentado amedrentar a quienes le conceden espacios para exponer al fotógrafo. Tal vez porque ya intuyen que será difícil detenerlo en su juego con las imágenes. Guerra, por su parte, debió enfrentar otro tipo de inconvenientes. En sus palabras: *problemas con algunos proyectos de ley presentados por un juez mala leche que pretende prohibir que se tomen fotos a animales muertos. Y, de carambola, a ¡gente muerta! Yo me pregunto: de aprobarse esa ley, ¿de qué va a vivir la prensa amarilla?*

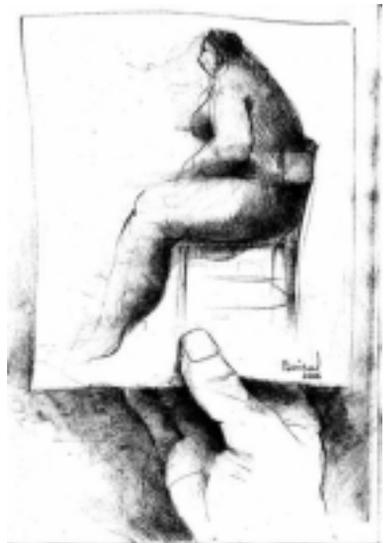
Claro, la soledad no es un problema únicamente del mercado. De todas maneras, este individuo solo, en la bañera, creciendo desmesuradamente... Ustedes ya se lo imaginan: el mismo personaje de Joe Dante, pero tangible. Y, por ahora, inanimado. Sin mayor gracia que ésta de seguir aumentado su volumen.

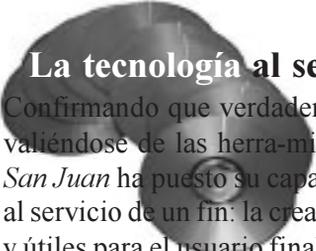
Hace una semana y media que -si salgo de casa- me gana una intranquilidad que sólo se detiene cuando vuelvo y abro la puerta a la espera de sorprenderlo mirando televisión, o comprobar que haya prendido el horno, o probado el café o simplemente entretenido desordenando los decorativos libros de la biblioteca. Pero silenciosamente crece, en la bañera. Solo. Inanimado. Supongo que en un tiempo razonable el mercado dará solución a estos problemas.

Ultimamente, mientras recorro la casa a la espera de que cobre vida el silencioso visitante de la bañera, reviso todo lo sucedido desde un mes a esta parte. Trato de vincular cualquier variación importante de lo previsible con su aparición. Pero esos días transcurrieron demasiado tediosos y parecidos a los de muchos otros meses de bañeras vacías. ¿Y dónde está el sentido, digo?

Es difícil asumir que el ET no hablará ni saldrá, por decisión propia, de esa posición de bañista tontamente feliz. Racionalizar, de ahora en más, que era absurdo esperar que le nacieran -en el vientre o desde las costillas- otras identidades. Difícil aceptar que, antes y después de él, los días seguirán transcurriendo desprovistos de novedades o sobresaltos. Que el tedio, más temprano que tarde, lo involucrará como una simple cosa.

Acaso, pienso, en el futuro, el mercado aborde estos problemas.





La tecnología al servicio de un fin

Confirmando que verdaderamente es posible demo-cratizar el conocimiento valiéndose de las herramientas informáticas, el *Grupo Editorial Puerta de San Juan* ha puesto su capacidad técnica y formación como un simple medio al servicio de un fin: la creación de productos culturales multimedia atractivos y útiles para el usuario final.

Los soportes electrónicos, gracias a su excepcional capacidad de almacenamiento informativo, a la multiplicidad de usos multimedia y al enorme atractivo público en que se han constituido, aparecen como soluciones eficaces para numerosos proyectos culturales.

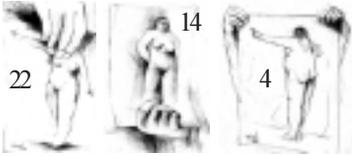
Así, el proyecto del *Grupo Editorial Puerta de San Juan* cuya concreción sucederá en las próximas semanas tiene por objeto la difusión de una cuidada selección de plásticos y poetas uruguayos en discos compactos, que se ofrecerán al mercado a un costo sumamente accesible.

La producción de publicaciones multimedia como estas requieren de una cuidadosa planificación de contenidos, diseño e interactividad. Por ello, el *Grupo Editorial Puerta de San Juan* está constituido centralmente por el prestigioso y reconocido plástico y docente **Gustavo Alamón** (del que se informa más detenidamente en el retiro de portada de esta revista), el Director Responsable de “LSD”, **Wilson Javier Cardozo** y el webmaster de “mvd2k5” (<http://mvd2k5.com>), **Juan Carlos González**.

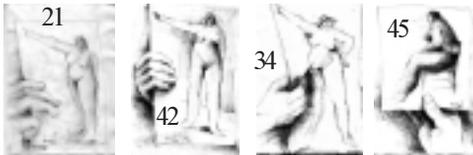
Wilson Javier Cardozo se ha destacado como gestor cultural, área en la que recibió premios en diversos concursos de proyectos culturales, tanto en ámbitos universitarios como a nivel nacional y departamental (Servicio Central de Bienestar Universitario, Fondo Capital de la Intendencia Municipal de Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura), desempeñándose actualmente como Coordinador General de “Cuadernos Emilio Frugoni”.

Juan Carlos González, por su parte, ejerce la docencia en diseño gráfico y web en varios centros públicos y privados y es pionero, en el Uruguay, de la capacitación en Arte Digital para adultos mayores, con publicaciones de algunos de sus trabajos en el anuario “Doc(k)s” de Francia (2000). Diseñó y desarrolló los discos compactos “Castillo Pittamiglio”, “MVD redescubierto” y “Alquimia con H”, además de haber desarrollado, en los últimos años, más de treinta sitios para internet.

En definitiva, mediante estos CD (y sin necesidad de mucha formación específica en el empleo de herramientas informáticas) un público potencialmente vasto accederá a las obras de un selecto grupo de plásticos y poetas nacionales e información crítica complementaria sobre la vida y obra de cada uno de ellos.



dibujos



dibujos

Sobre el plástico y escultor argentino a quien pertenece la autoría de los dibujos que ilustran las páginas interiores de la presente edición, ha opinado Ernesto Sábato:

La historia del arte está plagada de olvidos, desconocimientos e injusticias, debido al carácter esencialmente subjetivo de la obra artística y de la correspondiente subjetividad del juicio estético. Lo que es notable para uno, puede ser pésimo para otro.

Lope de Vega dijo que *El Quijote* es el peor libro que había leído en su vida, y así fue siempre; sobre todo, cuando el otro está cerca. Me duele que un artista de la calidad de **Helios Buira** sea desconocido.

La injusticia siempre me ha dolido, y mucho más en el caso de Buira, porque conozco la severidad con que trabaja, alejado de las modas, solitario, tomando como punto de referencia los valores de los grandes maestros.

Helios Buira, tan gran amigo como extraordinario artista, es una de las pocas amistades con que cuento para sobrellevar mi existencia.

Tengo la honda esperanza de que alguna vez su genio será reconocido.

- 2 **DEportada**
Gustavo Alamón
- 3 **editorial**
- 4 **La muerte del pistolero**
Joe Esteves
- 6 **artymañas: mucho + que un ciclo**
información del 2005
- 7 **Papirolas**
Juan Carlos Ruvalcaba
- 10 **Un poeta joven brasileño: Daniel Mazza**
Washington Benavides
- 11 **poemas en portugués**
Daniel Mazza Matos
- 13 **De cuyo nombre no quiero acordarme**
- 14 **La isla**
Pablo Fernández
- 17 **¡Encará, Demián!**
Alvaro Dell'Acqua
- 24 **te pediré permiso**
Ernesto Alarcón
- 27 **El sujeto en la historia y en la política**
Yamandú Acosta
- 34 **Inés**
Andrés Medero
- 40 **Desértico**
Verónica Natalia Núñez Vargas
- 41 **dicen que dicen**
(información del GAIP)
- 42 **El extraterrestre**
Wilson Javier Cardozo
- 46 **La tecnología al servicio de un fin**
- 47 **dibujos**
(información sobre Helios Buira)



LSD revista

web: <http://lsdrevista.todouy.com>

correo electrónico: revistalsd@gmail.com
Bacigalupi 2091/15 --- 11800 Mtdeo.-Uruguay

teléfono: (0598-2) 924 6723